

limbo

Núm. 31, 2011, pp. 97-117

ISSN: 0210-1602

Santayana entre pragmatistas: animalario¹

RAMÓN DEL CASTILLO

RESUMEN

En el artículo analizo el contraste entre los filósofos pragmatistas y Santayana de una forma indirecta. Partiendo de la distinción entre zorras y erizos tal cual la usaron I. Berlin y S. Gould, pero sobre todo Rorty, comparo primero el carácter intelectual de James y el de Dewey, sugiriendo otros modelos como el del camaleón. Luego comparo esos tipos intelectuales con la personalidad y pensamiento de Santayana, básicamente a través de las figuras del rinoceronte y el unicornio. Finalmente, explico la predilección de Santayana por seres mitológicos como el tritón, mitad humano, mitad pez.

Palabras clave: Santayana, James, Dewey, Rorty, tipos intelectuales, animales, filosofía.

ABSTRACT

In this paper, I contrast the pragmatist philosophers and Santayana in an indirect way. I start from the distinction between foxes and hedgehogs as it was used by I. Berlin, S. Gould and particularly by Rorty in order to compare the diverse intellectual characters of James and Dewey, suggesting some alternative models as the chameleon. Later, I compare those intellectual types with the personality and thinking of Santayana, basically using the imagery of the rhinoceros and the unicorn. Finally, I try to explain Santayana's preference for classical mythological beings as the Triton, half a human being, half a fish.

Key words: Santayana, James, Dewey, Rorty, intellectual types, animals, philosophy.

PROVERBIOS Y FÁBULAS

Empezaré por un distinción que se hizo popular gracias a un pequeño libro que Isaiah Berlin escribió en 1953 sobre Tolstoi, *The Hedgehog and The Fox*, que arrancaba con un enigmático verso de Arquíloco (“La zorra sabe muchas cosas, pero el erizo sabe una importante”) y luego esbozaba una clasificación de intelectuales y de artistas en dos grupos, los unos más erizos, los otros más zorras. Es difícil saber —decía Berlin— qué dio a entender exactamente Arquíloco, quizás que pese a sus trucos y astucias, la zorra acabará dándose por vencida ante la única, pero obstinada defensa del erizo. Sea como sea —añadía Berlin— el contraste entre los dos animales podría marcar una diferencia profunda entre escritores y pensadores...

pues hay un gran abismo entre, por un lado, quienes relacionan todo con una única visión central, con un sistema más o menos congruente o integrado, en función del cual comprenden, piensan y sienten —un principio único universal y organizador que por si solo da significado a cuanto son y dicen—, y, por otro, quienes persiguen muchos fines distintos, a menudo, inconexos, y hasta contradictorios, ligados si acaso por alguna razón *de facto*, alguna causa psicológica y fisiológica, sin intervención de ningún principio moral ni estético. Estos últimos llevan vidas, realizan acciones y sostienen ideas centrífugas más que centrípetas; su pensamiento está desperdigado, es difuso, ocupa muchos planos a la vez, capta el meollo de una vasta variedad de experiencia y objetos según sus particularidades, sin pretender integrarlos ni no integrarlos, consciente o inconscientemente, en una única visión interna, inmutable y globalizadora. Visión que, a veces, es contradictoria, incompleta y hasta fanática. Los erizos tienen la personalidad intelectual y artística de los primeros. La zorra, la de los segundos. Sin hacer una clasificación en exceso rígida, pero también sin demasiado miedo a equivocarnos, podríamos decir que... Dante pertenece a la primera categoría, y Shakespeare a la segunda; Platón, Lucrecio, Pascal, Hegel, Dostoievski, Nietzsche, Ibsen y Proust son, en distintos grados, erizos. Herodoto,

Aristóteles, Montaigne, Erasmo, Molière, Goethe, Puskhin, Balzac y Joyce, son zorras [Berlin (1998), p. 36].

Evidentemente —añadía Berlin— las clasificaciones de este tipo acaban resultando un tanto artificiales y se prestan a todo tipo de simplificaciones. Con todo, no son ni superficiales, ni absurdas. Captan algo de verdad, y proporcionan buenos puntos de partida para reflexiones más precisas. El propio Berlin, por ejemplo, la usaba no sólo para entender el antagonismo entre Puskhin y Dostoievski, sino para analizar un caso único: Tolstoi, un animal verdaderamente conflictivo que no parece cuadrar en el reparto de papeles, una zorra por naturaleza —propuso Berlin— que, sin embargo, creía ser un erizo.

No sé si un caso como el de Tolstoi (el de un erizo y una zorra conviviendo en la misma persona) tiene parangón en el mundo de la filosofía (aunque se me ocurren algunos candidatos), pero aquí no discutiré eso. Tampoco quiero debatir el reparto exacto de papeles que hace Berlín entre grandes nombres de la filosofía, ni plantear por qué, después de Hegel, a la filosofía ya no la pueden representar animales como la lechuza de Minerva. Sí que veo interesante, sin embargo, señalar algunas cosas:

Primero, que tal como interpreta Berlin la distinción, es posible imaginar los extremos a los que pueden llegar zorras y erizos. Las zorras son flexibles, toman y dispersan ideas, generan perspectivas múltiples, pero pueden llegar a resultar frívolas y hasta oportunistas. Los erizos son tenaces y profundos, defienden con tozudez sus ideas, y persiguen ideas globales, pero pueden volverse totalizadores y reductores. Las zorras pueden acabar fomentando el escepticismo. Los erizos pueden acabar impulsando el fanatismo².

Segundo, que la distinción de Berlin ha acabado siendo más popular en ciertos círculos que algunas exégesis fascinantes del proverbio original que se prestan a más reflexiones y que, quizás, deberían tenerse más en cuenta. Hasta donde sé, fue un admirador de Berlin, Stephen Jay Gould quien en su libro *The Hedgehog, The Fox, and the Magister's Pox*³ trajo a colación la exégesis que Erasmo de Rot-

terdam hizo del proverbio en sus *Adagia* de 1550, así como las ilustraciones de la zorra y los erizos en la *Historia animalium* de 1551, de Konrad Gesner. Como recuerda Gould, la enciclopedia de Gesner no era una enciclopedia científica en el sentido moderno, sino un compendio que incluía no sólo información descriptiva, sino fábulas, relatos, proverbios y muchas cosas que moralistas y observadores habrían dicho sobre los animales, incluyendo, sobre todo, a los autores griegos y romanos.

En esa enciclopedia de Gesner, la zorra —como recuerda Gould— tiene cara de avispada. Está erguida, con las orejas enhietas, y el pelo erizado. Parece lista y preparada para lo que sea, y su sonrisa es enigmática. El erizo, en cambio, está extendido, y sus pequeños pies se pegan a tierra⁴. Tiene expresión de confianza, pero también de alerta. Parece reservado, tímido, pero se le nota atento. En su exégesis del proverbio (transcrito al latín como “*multa novit culpes, verum echinus unum magnum*”). Erasmo añade cosas muy interesantes. Y Gould las cuenta muy bien, pero para nuestros propósitos la más interesante es que aparecen otros animales: perros de presa, jaurías. La zorra —dice Erasmo— se defiende de los cazadores usando muchos trucos (escondiéndose, arrastrándose, trepando, colándose por agujeros, imaginamos). El erizo, en cambio, emplea un único truco: se enrolla sobre sí mismo como una bola. Los perros pueden zarandearlo, y hasta morderlo, pero sin resultado. La zorra sobrevive porque logra *escapar*, si tiene suerte; pero el erizo sobrevive porque es *abandonado*. Con todo, el erizo, recuerda Erasmo remontándose hasta Plinio y Eliano, puede verse en apuros, y recurrir a otro truco: orinarse sobre sí mismo. Lo cual puede tener tres consecuencias: la orina huele tan mal que los perros y los cazadores pierden interés por él y lo dejan. Las púas se le caen y aprovecha el desconcierto para huir, o si tiene peor suerte, es capturado pero disfruta de la venganza, porque sin púas, ya no es útil como cepillo.

Todos estos proverbios y relatos, en realidad, se prestan a más reflexiones: ambos, zorras y erizos, son perseguidos por otros animales. Podemos imaginar un encuentro entre la zorra y el erizo, pero

no parece que entre ellos las cosas acaben mal. Puede que la zorra dé unos manotazos a la bola del erizo, pero al rato, cada uno seguirá su propio camino. Sin embargo, a ambos se les da caza. Los dos son presas, y son cazados por otros animales. Una cuestión curiosa sería: ¿Qué clase de personalidades, intelectuales o artísticas, corresponderían a esas jaurías caninas y sus amos?

Como el propio Erasmo recuerda, la zorra acaba apresada más frecuentemente. Por ejemplo, en un diálogo entre la zorra y el gato con el que acaba su exégesis, la zorra acaba rodeada de perros después de jactarse de sus trucos, mientras que el gato pega uno de sus típicos brincos y se salva en un árbol. El erizo, en cambio, puede quedar magullado y aturdido, pero suele salir ileso. No se jacta de nada, no se expone sin necesidad, pero sabe cómo aferrarse a su verdad cuando llega el momento. Gould lleva esta moraleja, creo, demasiado lejos. Berlin colocaba a Erasmo en la lista de las zorras, pero Gould le cambia de lado: Erasmo alaba las muchas argucias de la zorra “pero está a favor del erizo en un punto crucial: por lo general los zorros se las suelen apañar muy bien, pero cuando la suerte está echada *in extremis*, hay que mirar dentro de uno y serle fiel a aquello singular e inevitable que exige tu corazón y el alma de tu ser... nada supera a una brújula moral inmutable en los momentos de mayor peligro... de modo que los intelectuales de toda índole y tendencia deberían mantener esa integridad fundamental de no comprometerse con la moda o (mucho peor) con las adulaciones maléficas del poder. Siempre hemos sido, y siempre seremos, una minoría. Pero si nos enrollamos en una bola ante los golpes, mantenemos los bríos de nuestra integridad y colocamos enhiestas nuestras púas, no podemos perder” [Gould (2004), pp. 8-9].

Más arriba sugerí que las zorras podían fomentar la tolerancia, en vez del escepticismo, y los erizos resistir la tentación del fanatismo, pero mirado como lo hace Gould las cosas son diferentes: las zorras nunca son de fiar, pues les acaba perdiendo la tentación de lucirse ante los demás, mientras que los erizos saben ser fieles a sí mismos, pero sin que se note⁵. En otras palabras: las zorras son las que

pueden sucumbir a las adulaciones del poder, mientras que los erizos encarnan las virtudes de la independencia intelectual⁶. En definitiva: según Gould habría zorras de distinto pelaje, mientras que los erizos serían más íntegros. Visión típica de erizo. Pero como el debate nos llevaría demasiado lejos, lo dejo para otra ocasión, y paso a lo que más nos concierne.

ANIMALES PRAGMATISTAS

Me gustaría imaginar cómo aplicar este tipo de clasificaciones al caso de Santayana, sobre todo al Santayana que se movió entre animales pragmatistas. Empezaré, entonces, por los viejos animales pragmatistas, y luego probaré con el animal Santayana. No es fácil, y sólo haré algunas sugerencias que los especialistas podrán matizar o desestimar.

Fue Rorty, creo, el único que mencionó a la zorra y al erizo para caracterizar a distintos tipos de pragmatistas, viejos y nuevos⁷. Rorty fue bastante propenso a las clasificaciones de filósofos, lo he contado en otro lugar [Del Castillo (2010), pp. 197-224], pero cuando en “Dewey’s Methaphysics”, calificó a Dewey de erizo, no entró en muchos detalles⁸. Debimos suponer, por ejemplo, que si Dewey era el gran erizo del pragmatismo, entonces James debía ser su zorra más astuta⁹. No sé qué virtud del erizo tenía Rorty en mente cuando clasificó así a Dewey. En cierto modo, Dewey fue una personalidad de gran tenacidad. Se defendió de una forma sobria, sin aspavientos, aunque no tengo claro si estaba tan seguro de su victoria cuando le acosaban perros de izquierdas y de derechas, marxistas y positivistas. Sí es cierto que intentó forjar una gran visión filosófica, pero comparada con otras del siglo XX no resulta tan ambiciosa (compárese con la de Marx, pero también con la de Russell). Rorty exageró demasiado cuando dijo que “Dewey tenía más de erizo que de zorra; pues pasó su vida intentado articular y reformar una única visión” [Rorty (1986), p. 146]. Rorty creía que esa visión era una especie de metafísica de la experiencia, y en parte tiene razón, pero se le olvidó decir

que pocos filósofos del siglo xx han tenido la capacidad de Dewey para moverse de un lado a otro, y exponerse a múltiples influencias¹⁰. Quizás no era una zorra, ni una zorra que quería ser erizo (no se percibe en él, la tensión o contradicción de un loco genial como Tolstoi). Pero sí trataba de adaptarse permanentemente a los cambios, y a las situaciones.

Lo cierto es que Dewey mismo nunca se consideró ni erizo ni zorra, sino otro animal que también figura en el catálogo de Gesner:

Hasta cierto punto, envidio a todos aquellos que pueden escribir su biografía intelectual siguiendo un patrón único, urdido con unos pocos hilos discernibles de intereses e influencias. Por el contrario, resulto inestable, como el camaleón; cedo a las influencias más diversas y contradictorias, tratando de asimilar algo de cada una y de llevarlas adelante de un modo que sea lógicamente compatible con las que he recibido antes. En general los factores que han influido sobre mí provienen de personas y situaciones más que de libros, lo cual no quiere decir que no haya aprendido muchísimo en mis lecturas filosóficas. Pero lo que he aprendido de ellas tiene un carácter más técnico en comparación con todo lo que he tenido que pensar a causa de las experiencias en las que me he visto envuelto. Por esa razón no puedo decir con candor que envidie del todo, o más allá de lo debido, a todos esos a los que me he referido. Prefiero creer, aunque sea sólo como reacción defensiva que los obstáculos con los que tropecé en mi camino están compensados por el hecho de que mi pensamiento no fue inmune a la experiencia, una experiencia que ni siquiera un filósofo debería considerar como germen de una enfermedad contra la cual fuera necesario crear defensas [Dewey (1949), pp. 22-23, modifíco la traducción].

Si lo entiendo bien, hasta cierto punto, Dewey pretendía escapar del choque entre los erizos y las zorras, algo sobre lo que Rorty quizás no llamó suficientemente la atención. Y sin embargo, tampoco me queda claro que un camaleón sirva para simbolizar ni la personalidad ni la obra de Dewey (no volveré ni a Gesner ni a Erasmo).

Creo que el propio Dewey lo sabía. De hecho, el camaleón puede representar algunos vicios que Dewey detestaba, y no sólo virtudes (como ahora veremos).

Sea como sea, incluso si lográramos clasificar a Dewey, nos quedaría pendiente decidir si James fue realmente la zorra del pragmatismo, y si se puede hacer justicia a su extraordinaria personalidad centrífuga imaginando la vida de una zorra, o si, por el contrario, deberíamos buscar en el libro de Gesner, o en otros bestiarios, hasta dar con otro animal. Solo diré que *no* se hace justicia a la *visión* de James, cuando sólo se subrayan sus idas y venidas, sus oscilaciones, sus múltiples transformaciones, y sus cambios de personalidad y de ideas. Quizás hay formas de tener una visión general, y al mismo tiempo, fomentar la pluralidad. James, creo, lo intentó. Y aunque admiraba profundamente a Tolstoi, tampoco creo que fuera una zorra que se creía erizo. Pero explicarlo me llevaría demasiado lejos, y Santayana sigue esperando.

ANIMALES RAROS

Ignoro el tipo de animal que Dewey le recordó a Santayana. Sospecho que uno demasiado americano, muy gregario, y un tanto manso [Del Castillo (2011a)]. Pero sí sé qué animal le vino a Dewey a la cabeza cuando Santayana le acabó sacando de sus casillas.

A decir verdad, el Sr. Santayana se toma la vida de la mejor forma, pero normalmente, interpreta a los filósofos, a los teólogos y a los científicos de la peor forma. Las perspectivas que resultan peligrosamente similares a la suya son enérgicamente criticadas, sobre todo cuando provienen de ámbitos sospechosos para él. El lector, menos predispuesto a hacer distinciones tan sutiles como las que hace él, acaba acusándole de falta de coherencia y de visión unificada. Su estilo —clásico, académico, cuasimatemático en sus formas externas— agudiza esa impresión; inapetible y a la vez complaciente, propio casi de un camaleón por su evasiva adaptación al asunto que esté en cuestión. Todo fluye en él, pero nada

se proyecta. Es vibrante, pero no resonante. Su secreto es, sospecho, una inteligencia de fácil simpatía unida a una simpatía que no siempre acaba siendo inteligente. El método de Santayana a veces me recuerda lo que en cierta ocasión Manzini dijo de la actitud de Carlyle hacia la reforma social: era un profundo creyente en ella, dado que ningún reformador se tomaba la menor molestia en llevarla a efecto. El Sr. Santayana es enormemente sensible a los diversos aspectos de la experiencia, excepto si algún otro filósofo los ha formulado [Dewey (1907-1909), pp. 230-231]¹¹.

Ciertamente, Santayana siempre mantuvo distancias con sus críticos y evitó confrontaciones abiertas y directas. Pero muchas veces, como dice Dewey, se camufló y hasta salpicó venenos (no mortales, pero desde luego irritantes). El mimetismo tiene su lado bueno, pero en el caso de Santayana su capacidad de adaptación siempre despertó sospechas.

A otros, sin embargo, fue su solidez, casi pétrea, lo que más les impresionó. James le consideraba un débil y afeminado, pero Santayana demostró que gozaba de una fortaleza a prueba de bombas, y que el verdaderamente débil en muchos sentidos era James. El problema es que su tipo de solidez no cuadra con parábolas de erizos. Por mucho que algunos de sus favoritos estén en listas de erizos (Platón, Lucrecio) su resistencia parece evocar otro tipo de coraza, más bestial. No es extraño, entonces, que James recurriera a la figura del rinoceronte, que manejó Royce para describir la contumacia de su mejor discípulo¹². El problema, creo, es que el rinoceronte representa bien la soledad, pero se defiende con el embuste, y no con el embuste. Su acometida es brutal, de un solo cuerno, pero resulta un tanto pesada, y hasta demasiado sincera¹³.

Bien es cierto que el rinoceronte pasó por un animal extraño, siendo de lo más común, y hasta pudo ser confundido con un unicornio, ser mitológico que, como Daniel Moreno me ha recordado, sí que podría cuadrar con el exquisito gusto de Santayana. En *Soliloquios*, desde luego, los comentarios sobre el escudo británico nos brindan numerosos elementos para especular. La verdad es que, an-

te la brillantez con la que Santayana elucubra sobre el león y el unicornio, las exégesis de erizos y zorras resultan un tanto pedestres. “El león es un animal real, el unicornio una quimera” [Santayana (2009) p. 52], e Inglaterra parece sostenerse en las dos cosas, en el realismo, pero también en las ilusiones. El león representa más exactamente la realeza domesticada, encerrada en la jaula de una Constitución y vigilada por los guardianes del Parlamento. El terrible león, en efecto

se somete a todas las leyes que hacen para él, gruñendo sólo cuando anda escaso de carne cruda. Los miembros más jóvenes de la nobleza y de la alta burguesía pueden montarse a sus espaldas y él deja atentamente colgar su rabo fuera de los barrotes para que puedan retorcerlo los insignificantes americanos y los insignificantes irlandeses y los insignificantes bolcheviques cuando vienen a mofarse de él. Aunque, cuando el anciano colega sale a pasear, ¡cómo huyen todos los polluelos caseros y extranjeros! Saben que puede saltar, su fuerza cuando se levanta es completamente sorprendente e inexplicable, nunca parece preocupado por los golpes y su coraje es terrible. El ganado, viendo que la huida no es segura, se reúne en manada cuando aparece en el horizonte y trata de parecer ajeno; las hienas se ponen a gruñir a distancia; las águilas y las serpientes aseguran después que estaban dormidas. Incluso los insectos que zumban en sus oídos, y los mismos parásitos de su piel, lo tienen por el rey de los animales.

Pero ¿por qué habría de ser el unicornio el otro sostén del escudo de armas británico? ¿Cuáles son las implicaciones místicas de tener un sólo cuerno? No puede ser el monstruo del que se habla en las Escrituras, del que sería blasfemo investigar la razón de su existencia, si era el rinoceronte de la filosofía natural o el descuido de alguna inspirada pluma. Ese unicornio es una criatura de la fantasía medieval, un caballo rampante plateado, sólo que con algo raro en su cabeza, como si un mazo de *croquet* se le hubiera clavado allí, o como si llevara un gorro de bufón muy alto y delgado. Estaría muy traído por los pelos ver en ese ornamento una alusión a maridos engañados, como si en Inglaterra la referida ofensa no mereciera nunca dos cuernos o como si el divorcio

y los escándalos hubieran eliminado pronto uno de ellos. Más plausible es la consideración de que, así como el león representa obviamente el carácter británico, el unicornio representa de un modo más sutil el intelecto británico [Santayana (2009) p. 51]¹⁴.

Sí, pero la cuestión sería “¿por qué el león debería preocuparse de los “sueños del unicornio, más que por los del ruiñeñor o los de la araña?” [Santayana (2009) p. 52]. ¿Acaso Inglaterra no ha sabido desentenderse con rudeza de sueños y fantasías, y hacer valer su valor leonino? Quizás, pero para Santayana, Inglaterra también “ha sido siempre, *más que ningún otro país*, la tierra de la poesía y del hombre interior”, una nación que siempre se “aferra a sus sagrados engaños”, que ha sabido respetar “lo no existente”, y cuya cultura (filosofía, religión, leyes y vida doméstica) no puede vivir sin fingir. De ahí, dice Santayana, la “naturalidad” de su quimera:

Un poni blanco como la leche, elegantemente árabe, con crines como espuma del mar y una cola como un pequeño cometa plateado, sensibles narices, encendidos ojos de reconocimiento, un corcel tal como Fecho bien podría abreviar en aquellas fuentes que hay en los cálices de las flores, símbolo a la vez de impetuosidad y de obediencia, imagen heráldica de la delicadeza de Ariel y de la pureza de Galahad [Santayana (2009) p. 53].

Que Santayana se sintiera bien en Inglaterra, dice mucho. Prefería, sin duda, un país representado por dos animales, uno real, otro ficticio, que un país representado por uno sólo, como el águila del escudo americano¹⁵. El gusto por lo impar, por lo singular, no significa, en el caso británico, un deseo de reunión en pos de algo más grande. El carácter inglés gusta de lo bizarro, pero no necesita comprenderlo. El carácter americano, en cambio, trata de reunir lo múltiple (“*E Pluribus Unum*”, reza el emblema que sostiene el águila), y promueve su integración. El inglés se ríe abiertamente de lo diferente, pero deja vivir. El americano se lo toma en serio, y trata de centri-

fugarlo en el *melting pot*. Los filósofos pragmatistas, probablemente, se avergonzaron muchas veces de la carne que asomaba en el pico de su águila, pero ¿tenían algún animal alternativo? ¿Qué animal habría representado la América de James? ¿Un caballo mesteño? ¿Y la de Dewey? ¿Un oso escolarizado?

Sea como sea, algunas cualidades del unicornio pueden asociarse con Santayana, que no era inglés, pero al menos se sintió bien en Inglaterra: Tener dos cuernos a veces no es tan útil, pues los animales de dos cuernos acaban embistiendo de lado, de modo oblicuo y bizco¹⁶. El unicornio, en cambio tiene un solo cuerno recto que puede atravesar al enemigo como una lanza. De algún modo, esa es la clave. Un cuerno representa la capacidad para apuntar directamente a algo, para revelar un tema con agudeza, o para desinflarlo¹⁷. Ni trucos ni púas: un cuerno.

Acabaremos, de hecho, hablando de algo parecido a un cuerno. Una caracola.

WATERLAND

Santayana, desde luego, debió inspirar comparaciones exóticas, suscitadas probablemente por su esteticismo. Muchas de ellas debieron ser corteses, y algunas debieron tener que ver con su sexualidad (desconozco si alguien le comparó con una mariposa). Seguro que algunos de sus coetáneos fueron un poco groseros y crueles. Con todo, ponerse a la altura de las mariposas puede resultar exquisito y apasionante (que se lo digan a Nabokov), si las comparamos con otros bichos que saltan desde el suelo hasta los mamíferos. Por ejemplo, incluso después de dejar claro que Santayana *no* era ningún esteta diletante, Lionell Trilling evocaba su visión del mundo como un anfitrión, y la de sí mismo como un huésped, y subrayaba el doble sentido de la palabra huésped (*guest*): invitado, pero también *parasito* [Trilling (2010), p. 79]. ¿Pero qué clase de parásito?

Se ha insistido poco en la cantidad de veces que James y Santayana se retrataron, el uno al otro, usando imágenes de animales. Pe-

ro creo que nos dan una pista interesante. En varios de sus retratos Santayana calificó a James como un pájaro de vuelo truncado, y James, por su parte, pintó a Santayana como “un pez de elegante nadar... un pez de sangre fría... el más extraño *espectador* de la vida... como si no tuviera *ningún* interés por nada” [Del Castillo (2011b), p. 309]. Probablemente, invirtiendo los ejemplos, James podría haber calificado a Santayana de pavo real y Santayana podía retratar a James como un pez jadeante fuera del agua (justamente, como Henry James describió a Emerson).¹⁸

Creo que James sabía lo que decía, y que Santayana estaría feliz de que le asociaran con el agua. Habría reído con la comparación de James, pues al menos le colocaba más cerca de un medio que le fascinaba. No era, además, comparado con el pez *narkón*, el del *Menón*, demasiado dialéctico y socrático, sino con un pez suntuoso y escurridizo. Lo cierto es que James tenía una mente más terrena, y más romántica, poblada por praderas de hierba, pero también por escarpadas montañas¹⁹. Santayana, en cambio, gozaba con la inhumanidad de los océanos y se sentía a gusto en el agua salada.

...Éramos una familia de mar; nuestro mundo era el de los funcionarios coloniales y los grandes comerciantes: desde el principio aprendí a pensar en la tierra como un globo con su superficie principalmente de agua salada, un yermo estéril traicionero y difícil de trabajar para la humanidad, pero tentador, hermoso, y plagado de animales primitivos imposibles de domesticar o humanizar, pero a veces buenos para comerlos... abrí los ojos al mundo con la convicción de que era inhumano: no destinado para el hombre pero habitable para él, y posible de explotar, con prudencia, de innumerables maneras... Había una particularidad común a todas esas satisfacciones posibles: aportaban algo perfecto, consumado, final. El mar, después de no importaba qué tormentas, volvía a su equilibrio y placidez... la inmensidad y la violencia de la naturaleza, desafiando y a veces diezmando a la humanidad, no tienen ningún modo de deshumanizarla [Santayana (2002), pp. 567-568].

Si mantuviéramos las reservas de Dewey, diríamos que Santayana echó tinta tras de sí, como los calamares, y se mimetizó con los fondos de la filosofía. Pero resulta demasiado sencillo. Y por fin, tocamos con el punto principal. Hasta ahora, he asociado el mundo de los pragmatistas con animales de este mundo. Pero Santayana fue un dualista, recuérdese. Y los conductos por los que respiraba le unían al mundo clásico. Podríamos pintarle, de hecho, como un animal *anfíbio*, pero nos quedaríamos cortos.

Quienes conocen bien a Santayana, no tienen dudas y siempre nos arrojan a un mar mitológico, y no sólo a uno biológico, algo que parece confirmar la enorme distancia entre el naturalismo de los pragmatistas y el naturalismo de Santayana. ¿Por qué los filósofos deberían compararse con animales?

Como se sabe, Santayana decidió usar el mítico Tritón, mitad pez, mitad hombre, como símbolo de la edición que Scribner publicó de sus obras desde 1936. Lo que le sugirió esa idea —según contó— es que las ventanas de su habitación del hotel Bristol, en Roma, daban a la fuente del Tritón de Bernini. Probablemente, sabía que Urbano VIII tuvo presente el pasaje dedicado al Tritón en el libro primero de *Las metamorfosis* de Ovidio cuando le encargó la fuente a Bernini, pero él prefirió asociarlo a dos versos del soneto de Wordsworth, *The World Is Too Much with Us* (1807): “a pagan suckled in a creed outworn” (“un pagano criado en una fe gastada”) y “Hear old Triton blow his wreathèd horn” (“Oís al viejo Tritón soplar su cuerno engalanado”) [Santayana (2003), p. 351].

En clave de Wordsworth, quizás todo resultaba un poco más nostálgico. Pero no nos engañemos. Santayana era un maestro de la ironía, y sabía que el Tritón era hijo de Poseidón, y escoltaba a grandes dioses, y poseía cierta sabiduría, y hasta tenía el don de adivinar. También sabía que el Tritón era astuto y sabía engañar, y sabía bramar con su caracola hasta asustar a seres más poderosos y gigantes (La leyenda de los Tritones, por cierto pasó a través de Plinio hasta Gesner, y resulta curioso encontrarlos, junto a las hidras, en la

Historium Animalium. Gesner era, de hecho, totalmente escéptico acerca de su existencia, pero tampoco tenía pruebas para refutarla).

Que los especialistas en Santayana se resistan a incluirlo en un corral filosófico es comprensible²⁰. Durante su estancia en Estados Unidos siempre tuvo en la mente su evasión de la granja americana. Nadie se debía haber llamado a engaño. Y tampoco parece fácil introducirlo dentro de fábulas filosóficas, ni en parábolas morales, ni en juegos dialécticos. Es natural, pues, que su *dualismo* quedara finalmente mejor expresado por un ser mítico que por una heráldica británica que aún se prestaba a cierta dialéctica.

No tengo claro que todas las peculiaridades filosóficas de Santayana se puedan representar con un ser mítico, mitad pez y mitad hombre. Me da la impresión de que una cosa es lo que Santayana pretendió, y otra muy distinta lo que logró. Está claro que se sentía entre dos mundos, y prefería aceptar las fantasías como lo que son, sin más. Dicen que la leyenda de las sirenas y los tritones pudo estar inspirada por el avistamiento de focas. A Santayana le habría dado igual semejante base en los hechos, y hasta le habría hecho gracia comparar a un ser mítico con un animal que acabaría siendo atracción de circo. Las focas, por lo demás, son mamíferos, y él era —como bien dijo James— un ser de sangre fría o, al menos, una de sus mitades, de cintura para abajo.

Insisto: no sé qué cualidades de Santayana, aparte de su insistente dualismo, quedan mejor retratadas con el Tritón de la antigüedad. Como todos los bestiarios, este sólo debe tomarse como un punto de partida. Quizás otros puedan aclararlo. Creo, eso sí, que a James y a Dewey, el aspecto de tritón les habría parecido un atuendo más propio de un baile de disfraces que de una gran empresa moral. Los profetas americanos eran así. Y Santayana era, como era. Nadie es perfecto.

*Dpt. de Filosofía, Humanidades, UNED
Paseo Senda del Rey 7, Madrid, 20040
E-mail: rcastillo@sof.uned.es*

NOTAS

¹ Este trabajo ha sido realizado en el marco del proyecto de investigación: *Esfera pública, conflicto de valores y experiencia social: una perspectiva pragmática* (FFI2008-03310/FISO), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación. Agradezco a Daniel Moreno las sugerencias que me brindó cuando empecé a pensar en este trabajo, así como sus posteriores comentarios y correcciones. Y a Ángel Faerna sus mejoras y oportunas referencias.

² En abstracto, el erizo encarna virtudes como la tenacidad y la zorra, en cambio, la habilidad para improvisar o la capacidad de apartarse del camino trillado. Pero en concreto, todo es más complicado. Como decía Vargas Llosa, en su presentación del libro de I. Berlin, quien cree haber encontrado una explicación última del mundo termina por acuartelarse en ella y negarse a saber nada de las otras. Quien es incapaz de concebir una explicación de este género, termina, tarde o temprano, por poner en duda que ella pueda existir. Gracias a los erizos se han llevado a cabo extraordinarias hazañas —descubrimientos, conquistas, revoluciones— pues para este género de empresas se requiere casi inevitablemente ese celo y heroísmo que suele inspirar a sus adeptos la visión centripeta y finalista, como la de los cristianos y los marxistas. Gracias a las zorras ha mejorado la “calidad de vida”, pues las nociones de tolerancia, respeto mutuo, permisibilidad y libertad, son más fáciles de aceptar —y en muchos casos, más necesarias para poder vivir— en aquellos que, incapaces de percibir un orden único, y singular en la vida, admiten tácitamente que hay varios y disímiles. Vargas Llosa sugiere que hay campos donde prevalecen erizos, y campos donde prevalecen zorras. La política, por ejemplo, es campo de erizos. En artes y literatura, en cambio, las zorras son más numerosas. En ciencia, son minoría. [Vargas Llosa (1998), pp. 18-19]. ¿Y dónde colocaría a los filósofos?

³ *Érase una vez el zorro y el erizo. Las humanidades y la ciencia*. El título español elimina la gracia del original, que introduce un personaje mediador, *the Magister's Pox*. Gould, por su parte, toma una posición diferente en su libro: *no asocia* los erizos con las ciencias, ni las zorras con las humanidades. Más bien cree que *ninguna* de las dos actitudes puede bastar, ni debería prevalecer, en ninguno de los dos bandos [Gould (2004) pp. 3, 6-7]. Sus observaciones creo que son muy interesantes, pero pierden fuerza cuando acaba recurriendo al lema estadounidense *e pluribus unum* para defender una cultura común donde el amor al conocimiento sea el gran fin de los erizos, y donde exista una diversidad de estrategias mayor que la que promueven las zorras [Gould (2004) p. 313]. Gould, creo, es un erizo, aunque a veces tenga la creatividad de una zorra. Recuérdese que uno de sus libros se llamaba, *An Urich in the Store* (“urich” significa “erizo” en inglés británico).

⁴ No confundir este erizo herbívoro con el puercoespín que Gesner también incluyó y que es roedor.

⁵ Excepto en el diálogo de la zorra con un gran felino que se ríe de ella porque su piel no está tan bellamente decorada como la suya... a lo que la zorra contesta que es mejor estar decorada en la mente que en la piel (Erasmus, citado por Gould [Gould (2004) p. 9]).

⁶ La parábola más asombrosa que se ha escrito sobre un filósofo que fue demasiado zorro (Heidegger) la escribió Hanna Arendt, pero comentarla aquí, me llevaría demasiado lejos [Arendt (2005), pp. 435-436].

⁷ Doy por supuestas algunas cosas: ¿Qué clase de animales son los filósofos desde finales del XIX? ¿Qué clase de animales son los filósofos de *Estados Unidos*? ¿Hay especies únicas del Nuevo Mundo? Otras: ¿Qué espacio habitan? ¿Espacios abiertos? ¿Zoológicos? ¿Reservas? ¿Zonas urbanas? o ¿Habitaciones humanas? ¿Son los filósofos animales salvajes o domesticados? ¿O animales de compañía? ¿Y los *pragmatistas* qué clase de bichos son? ¿Nómadas o territoriales?

⁸ Rorty siempre apreció la soledad, y los zorros, a diferencia de otros cánidos, no son animales de manada, sino solitarios. Sin embargo, siempre se consideró a sí mismo como un filósofo con púas: “soy un erizo que, a pesar del aluvión de alusiones y lotes de nombres que vuelco sobre mi lector, en realidad sólo tiene una idea: la necesidad de ir más allá del representacionalismo, en pos de un mundo intelectual en el que los seres humanos sólo son responsables los unos de los otros” [Rorty (2004), p. 4]. (Agradezco a Robert Westbrook que me llamara la atención sobre este pasaje). Supongo que Rorty también se sintió erizo por la forma en la que se defendía cuando le atacaban. En cualquier caso, como sabía de *pájaros* más que de ningún otro animal (y hasta más que de orquídeas) supongo que se reiría de todos nosotros, y *secretamente*, se identificaría con algún pájaro verdaderamente singular.

Bernstein, por su parte, prefirió representarse como una zorra, y durante un tiempo hasta trató de incluir a Rorty entre las filas de las zorras: “Como Gadamer, Habermas, Rorty y Arendt quiero llamar la atención sobre el peligro de ese tipo de ‘crítica’ totalizadora seductora para el pensamiento según la cual las fuerzas en acción en la sociedad contemporánea son tan poderosas e intrincadas que no hay posibilidad de alcanzar una vida comunal basada en algún tipo de comunicación, diálogo, juicio común, o persuasión racional que no estén viciados. Lo que necesitamos desesperadamente... es aprender a pensar y a actuar más como una zorra que como un erizo —sacar provecho de esas experiencias y luchas en las que todavía alumbran destellos de solidaridad y la promesa de comunidades dialógicas con participación mutua, y donde la cortesía recíproca y la persuasión pueden prevalecer” [Bernstein (1983), p. 228. (Debo esta referencia a Carlos Thiebaut. Desgraciadamente, la imagen de la zorra también puede servir para caracterizar al pensamiento totalizador (véase más arriba nota 6)].

⁹ Pero entonces ¿Dónde quedaba Peirce? Lo dejo para otra ocasión. Creo que ni el carácter multifacético de las zorras ni la firmeza de los erizos son suficientes para explicar la variedad de temas que tocó y, al mismo tiempo, la visión general, pero enormemente barroca que persiguió toda su vida.

¹⁰ Ver mi “Travelling Minds: Dewey and Russell in China” (en prensa).

¹¹ Es su reseña de *La vida de la razón*.

¹² Supe por primera vez de la carta de James en la que éste explicaba por qué Santayana dejó su cátedra, en la introducción de Manuel Garrido a *Interpretaciones de poesía y religión*, donde también alude al epílogo de *Personas y lugares* (p. 543 [Santayana (2002), p. 573]) donde Santayana dice que “el verdadero interés de un hombre no es poseer tales cosas [casa, familia, trabajo], sino vagar solitariamente como el rinoceronte” [Garrido, (1993), p. 14, nota].

¹³ Por cierto, Royce mencionó el rinoceronte teniendo en cuenta recetas budistas, véase su *The Religious Aspect of Philosophy*, donde dice que aunque el budismo se asocia con la auto-negación, y la severa auto-extinción, también, gracias a un “extraño giro de dialéctica moral”, da cabida a un individualismo tenaz y heroico. Entonces cita los versos del Sutta Nipata donde, una y otra vez, se entona: “dejadle pasear sólo como el rinoceronte”.

¹⁴ Véase también: “Si, por alguna razón, nosotros sospechamos que la criatura poética es de sagacidad ligera, al austero león de enfrente le parece, sin embargo, un compañero sensible y animado, como al Rey Lear le parecía su exquisito Bufón. Un Pegaso tal no puede ser un caballo normal; él fue engendrado en una nube y alguna inexorable deidad irónica le clavó en su nacimiento un mazo de *croquet* en su mollera y le colocó una delgada corona, muy parecida al gorro de un bufón, entre sus asustadas orejas” [Santayana (2009), p. 53].

¹⁵ Con todo, no nos engañemos: Santayana no se mezcló con los ingleses y mantuvo una reservada distancia: “me sentía perfectamente feliz en el clima inglés y con la forma de vida inglesa. Suponían un alivio contra América en delicadeza y dignidad, y frente al continente en comodidad e intimidad. Sin embargo, una fuerza contraria y algo misteriosa me impedía [asentarme allí]... el conocimiento de gente variada y distinguida, que Londres me hubiera propiciado, no me tentaba en lo más mínimo. El ambiente intelectual de mi época me ofendía intelectualmente. Era una Babel de falsos principios y caprichos ciegos, *un zoológico mental*, y yo no tenía deseo alguno de ser uno de los animales. Quería seguir siendo visitante, observar el interior de las jaulas, y eso podía hacerse mejor leyendo libros que frecuentando la compañía de sus autores” [Santayana (2002) p. 315, cursiva mía].

¹⁶ En consecuencia, el toro no sale bien parado: “las armas curvas y dobles son inútiles y absurdas. Sólo se puede usar con efectividad un cuerno, aunque se tengan dos, pero de un modo oblicuo y bizco; de lo contrario la víctima se instala sencillamente en el medio, donde ni el ojo pueda verla ni el cuerno sondearla”

[Santayana (2009), p. 52]. Como Á. Faerna me sugiere, dado que el toro bravo es símbolo español, no parece que Santayana pudiera asociar su “españolidad” con semejante bóvido. Quizás veía en el toro español una degeneración de un ser de un solo ojo, el Minotauru, pero lo desconozco. Véase lo que, en otro contexto, dice Santayana sobre el toro de lidia en *El egotismo en la filosofía alemana* [Santayana (1942), p. 160]. (Debo esta referencia a Germán Cano, [Cano (2008), p. 126-127]).

¹⁷ “Igual que caminar con dos pies, que es simple tambaleo y, como decía Schopenhauer, una caída perpetuamente detenida. Es un compromiso inestable entre ir a cuatro patas, si uno quiere estar seguro, y apoyarse en una sola pierna, como el exquisito flamenco, si uno aspira a ser elegante y espiritualmente sensible. En realidad, no hay en la naturaleza ningún bípedo excepto el ridículo hombre, como si el unicornio con sus cabriolas hubiera acertado al estar siempre rampante; las criaturas con pluma son bípedas sólo en ciertas ocasiones y en sus peores momentos; son esencialmente seres alados, sus patas les sirven sólo para sostenerse cuando descansan, como el apoyo de la motocicleta que soltamos cuando se detiene” [Santayana (2009), p. 52].

¹⁸ “Aunque incisivo, “James era de *respiración corta* argumentando” [Santayana (2002), p. 265]. Analicé con más detalle este fuego cruzado de caricaturas en Del Castillo (2004), y en (2007), p. 125. Véase también Del Castillo 2011b, para la diferencia entre actuar como un americano *accidental* y sentirse un americano *accidentado*.

¹⁹ Aunque habló de la permanente huella de la serpiente humana en la realidad, no creo que se identificara con reptiles (por mucho que cambien de piel). Quizás James habría preferido ser comparado simplemente con un perro. Recuérdese la cantidad de veces que James recurrió a la mirada extrañada de un perro dentro de una biblioteca humana para explicar la sensación del hombre en el cosmos.

²⁰ El problema que le veía Santayana a muchos filósofos —nos sugiere Ángel Faerna— es que muchos de ellos jamás han visto animales de verdad: “Los filósofos, que necesariamente tienen que usar el lenguaje, son como naturalistas que sólo pudieran estudiar zoología en un corral: la selva los desconcertaría” [Santayana (2011), cap. XXI]. No sé si Santayana realmente puso los pies en alguna *selva*. Yo diría que *no*. William James *sí*, la de Brasil, en la expedición de Agassiz, y dibujó animales y a nativos. Por mucho que elogio la visión directa de la selva, creo que él prefería las vistas desde una cubierta, o desde el porche de una residencia colonial. En “A General Confession” decía: “...mi imaginación vivió desde la niñez ocupada por grandes espacios oceánicos, islas de cocoteros, ingenuos malayos, y enormes continentes en los que pululaban esos chinos a la vez corteses e industrioses, filosóficos y obscenos... Mis viajes me han llevado, no rara vez, más allá de las fronteras del mundo cristiano... principalmente de uno al otro lado del Atlántico Septentrional. Así hice treinta y ocho ajetreadas travesías. Pero en mi inte-

rior no he dejado nunca de ver esas cosas sobre un fondo irónico, enormemente vacío, desperdigado en pedazos —como la Polinesia—, en nidos de humanidades multicolor e ingenua” [Santayana (1940), p. 4]. (Véanse más comentarios en del Castillo 2010b).

La visión colonial, por ende, implica un naturalismo, entendido como *viaje*, exotismo, libros, leyendas, mitos, catálogos, y colecciones, algo muy distinto al naturalismo de *expedición* que vivió William James.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARENDRT, H. (2005), “Heidegger el zorro”, en *Ensayos de comprensión, 1930-1954*, Madrid, Caparrós.
- BERLIN, I. (1998), *El erizo y la zorra. Tolstoi y su visión de la historia*. Prólogo de M. Vargas Llosa, Barcelona, Península.
- BERNSTEIN, R. J. (1983), *Beyond Objectivism and Relativism: Science, Hermeneutics, and Praxis*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
- CANO, G. (2008), “Sobrevolando el zoo humano. Santayana y el egotismo protestante”, en *El animal humano. Debate con Jorge Santayana*, J. Muñoz y F. J. Martín, eds., Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 109-136.
- DEL CASTILLO, R. (2004), “El americano accidental”, *Revista de Libros*, nº 88, pp. 10-13.
- (2007), “Portrait of an Anxiety: Santayana on James”, en *Under Whatever Sky. Contemporary Readings of George Santayana*, Flamm, M. & Skowronski, C. (eds.), Cambridge Scholars Publishing, Newcastle, England, 2007, pp. 121-129.
- (2009), “Fuego pálido” en Beltrán, J., *Un pensador en el laberinto. Escritos sobre George Santayana*, Univ. de Valencia, pp. 185-192.
- (2010a), “Adiós a la filosofía: Recuerdos de R. Rorty”, en Colomina J. J. y Raga, V. (eds.), *La filosofía de Richard Rorty. Entre pragmatismo y relativismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010.
- (2010b), “Los reinos de la ironía”, en Muñoz, J. y Martín, F. (eds.), *El animal humano. Debate con Jorge Santayana*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 47-66.
- (2011a), “Espectros del idealismo: Dewey y Santayana”, en *Santayana: un pensador universal*. Editado por José Beltrán, Manuel Garrido y Sergio Sevilla. Universidad de Valencia, Valencia, pp. 139-165.

- (2011b), “Estetas y profetas: equívocos de James y Santayana”, en Durán, I, Méndez, C. y De Salas, J. (eds.), *Miradas Transatlánticas: Intercambios culturales entre Estados Unidos y Europa*, Madrid, Fundamentos, pp. 285-333.
- DEWEY, J. (1949) “Autobiografía filosófica”, *La Filosofía en América I*, Unión Panamericana, México. Se trata de “From Absolutism to Experimentalism”, orig. en *Contemporary American Philosophy: Personal Statements*, New York: Macmillan Co., 1929. También en *The Later Works, 1925-1953*, Carbondale, Southern Illinois University Press, 1981-1991, vol. 5, pp. 155-156.
- (1907-1909), *The Middle Works. 1889-1924*. Carbondale, Southern Illinois University Press, 1976-1983, vol. 5, pp. 155-156
- GARRIDO, M. (1993), “Introducción”, en George Santayana, Interpretaciones de poesía y religión, trad. de Carmen García Trevijano y Susan Nuccetelli, Madrid, Cátedra, pp. 9-31.
- GOULD, ST. G. (2004), *Érase una vez el zorro y el erizo. Las humanidades y la ciencia*, Barcelona, Drakontos.
- RORTY, R. (2004), “Philosophy as a Transitional Genre”, en *Pragmatism, Critique, Judgment. Essays for Richard Bernstein*. Editados por S. Benhabib y N. Fraser, MIT Press.
- (1986) *Consecuencias del pragmatismo*, Madrid, Tecnos, 1986, trad. de J. M. Esteban Cloquell.
- SANTAYANA, G. (1940), “A General Confession”, en *The Philosophy of G. Santayana*, Schilpp, P. A. ed., La Salle, Illinois, Open Court.
- (2002), *Personas y lugares*, traducción Pedro García Martín, Madrid, Trotta.
- (2003), *The Letters of George Santayana, Book Five (1933-1936)*, en Holzberger, W. G. & Saatkamp Jr., H. J. (eds.), *The Works of George Santayana, Volume V*, Cambridge (Ma.) & London, The MIT Press.
- (2009), *Soliloquios en Inglaterra y soliloquios posteriores*, traducción Daniel Moreno, Madrid, Trotta.
- (2011), *Escepticismo y fe animal*, traducción de Á. M. Faerna, Madrid, Antonio Machado Libros.
- TRILLING, L. (2010), “Aquella sonrisa de Parménides me dio que pensar”, trad. de Á. M. Faerna, *Limbo* 30 (2010), pp. 71-89.
- VARGAS LLOSA, M. (1998), “Un filósofo discreto”, en I. Berlin, *El erizo y la zorra. Tolstoi y su visión de la historia*, Barcelona, Península, pp. 7-25.